

Visita sorpresa del Papa Francisco

Al ambulatorio solidario en la plaza Pío XII frente a la basílica de San Pedro



En la tarde del jueves 16 de noviembre, a las 15.45, el Papa Francisco fue al ambulatorio solidario en la plaza Pío XII, frente a la Basílica de San Pedro. El montaje de esta zona médica forma parte de las iniciativas promovidas por la I Jornada Mundial de los Pobres, organizada por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, que se celebrará el domingo 19 de noviembre. En este pequeño hospital de campaña en el centro de Roma se ofrecen visitas médicas gratuitas a los pobres y a los necesitados, durante toda la semana, desde las 9.00 a las 16.00. El Papa Francisco fue acogido por un grupo de pobres que esperaban su turno y se detuvo a intercambiar unas palabras y bromear con ellos. Después el Papa fue acompañado por las enfermeras voluntarias de la Cruz Roja Italiana para una breve visita del Ambulatorio y conoció y dio las gracias a los médicos especializados en análisis clínico, cardiología, dermatología, infectología, ginecología y andrología, que prestan servicio en pequeños ambulatorios móviles. El Papa conoció a los voluntarios de la Confederación de las Misericordias que ofrecen su servicio para hacer operativo el montaje del centro médico.

Contra la indiferencia sobre la crisis ambiental

Renovado llamamiento del Papa a la colaboración para contrarrestar el cambio climático, porque la crisis ambiental afecta a todos. Está contenido en el mensaje enviado al primer ministro de las Islas Fiji, que presidió la vigésimo tercera sesión de la Conferencia de los estados parte de la Convención marco de las Naciones Unidas sobre el cambio climático (COP23), celebrada en Bonn, Alemania, del 6 al 17 de noviembre.

«Hace poco menos de dos años —recordó el Pontífice— la comunidad internacional después de un largo y complejo debate alcanzó la adopción del histórico Acuerdo de París», gracias al que se alcanzó un «consenso sobre la necesidad de iniciar una estrategia compartida para contrarrestar» el preocupante fenómeno. Por otro lado, aclaró el Pontífice, la «voluntad de dar continuidad a este consenso ha sido remarcada por la velocidad» con la que el Acuerdo «entró en vigor, menos de un año después de su adopción».

Esto, de hecho, «indica un claro recorrido de transición hacia un modelo de desarrollo económico a bajo o nulo consumo de carbono, animando a la solidaridad y sirviéndose de los fuertes vínculos

existentes entre la lucha contra el cambio climático y aquella contra la pobreza». Una transición, añadió el Papa, que debe «ser impulsada por la urgencia climática que exige un mayor empeño por parte de los países, algunos de los cuales deberán intentar asumir el papel de guía de esta transición, teniendo en cuenta las necesidades de las poblaciones más vulnerables».

Al respecto, Francisco indicó «cuatro comportamientos perversos, que no ayudan a la búsqueda honesta y al diálogo sincero y productivo sobre la construcción del futuro del planeta: negación, indiferencia, resignación y confianza en soluciones inadecuadas».

Evidenciando también que ni siquiera «nos podemos limitar a la sola dimensión económica y tecnológica». De hecho, «las soluciones técnicas son necesarias pero no suficientes»; mientras que «es esencial y preciso tener en consideración los aspectos y los impactos éticos y sociales del nuevo paradigma de desarrollo».



Tenemos que estar siempre preparados

En el Ángelus la parábola de las diez vírgenes

«El aceite es el símbolo de la caridad que alimenta, hace fecunda y creíble la luz de la fe»: lo explicó el Papa Francisco comentando la parábola de las diez vírgenes en el Ángelus dominical del 12 de noviembre en la plaza San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este domingo, el Evangelio (cf *Mateo* 25, 1-13) nos indica las condiciones para entrar en el Reino de los cielos y lo hace con la parábola de las diez vírgenes: se trata de las jóvenes que estaban encargadas de acoger y acompañar al novio en la ceremonia de boda y, como en esa época era costumbre celebrar de noche, las mujeres estaban equipadas con lámparas. La parábola dice que cinco de estas vírgenes son prudentes y cinco son necias: de hecho, las prudentes llevaron con ellas el aceite para las lámparas, mientras que las necias no lo llevaron. El novio tarda en llegar y todas se adormilaron. A medianoche se anuncia la llegada del novio; entonces las vírgenes necias se dan cuenta de que no tenían aceite para las lámparas y se lo piden a las prudentes. Pero estas responden que no pueden dárselo, porque no habría suficiente para todas. Mientras las necias van en busca de aceite, llega el novio; las vírgenes prudentes entran con él en la sala del banquete y se cierra la puerta. Las cinco necias regresan demasiado tarde, llaman a la puerta, pero la respuesta es: «En verdad os digo que no os conozco» (v. 12) y se quedan fuera.

¿Qué quiere enseñarnos Jesús con esta parábola? Nos recuerda que debemos permanecer listos para el encuentro con Él. Muchas veces, en el Evangelio, Jesús insta a velar y lo hace también al final de este relato. Dice así: «Velad pues, porque no sabéis ni el día ni la hora» (v. 13). Pero con esta parábola nos dice que velar no significa solamente no dormir, sino estar preparados; de hecho, todas las vírgenes se duermen antes de que llegue el novio, pero al despertarse algunas están listas y otras no. Aquí está, por lo tanto, el significado de ser sabios y prudentes: se trata de no esperar al último momento de nuestra vida para colaborar con la gracia de Dios, sino de hacerlo ya ahora. Sería hermoso pensar un poco: un día será el último. Si fuera hoy, ¿cómo estoy preparado, preparada? Debo hacer esto y esto... prepararse como si fuera el último día: esto hace bien.

La lámpara es el símbolo de la fe que ilumina nuestra vida, mientras que el aceite es el símbolo de la caridad que alimenta y hace fecunda y creíble la luz de la fe. La condición para estar listos para el encuentro con el Señor no es solo la fe, sino una vida cristiana rica en amor y caridad hacia el prójimo. Si nos dejamos guiar por aquello que nos parece más cómodo, por la búsqueda de nuestros intereses, nuestra vida se vuelve estéril, incapaz de dar vida a los otros y no acumulamos ninguna reserva de aceite para la lámpara de nuestra fe; y ésta —la fe— se apagará en el momento de la venida del Señor o incluso antes. Si en cambio estamos vigilantes y buscamos hacer el bien, con gestos de amor, de compartir, de servicio al prójimo en dificultades, podemos estar tranquilos mientras esperamos la llegada del novio: el Señor podrá venir en cualquier momento, y tampoco el sueño de la muerte nos asusta, porque tenemos la reserva de aceite, acumulada con las obras buenas de cada día. La fe inspira a la caridad y la caridad custodia a la fe.

Que la Virgen María nos ayude a hacer nuestra fe cada vez más operante por medio de la caridad; para que nuestra lámpara pueda resplandecer ya aquí, en el camino terrenal y después para siempre, en la fiesta de bodas en el paraíso.

Al término de la oración mariana, el Pontífice recordó la beatificación el día precedente en Madrid de los mártires vicencianos de la guerra civil española y saludó a los diferentes grupos de fieles presentes.

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Madrid, fueron proclamados beatos Vicente Queralt Lloret y 20 compañeros mártires y José María Fernández Sánchez y 38 compañeros mártires. Los nuevos beatos eran, algunos, miembros de la Congregación de la Misión: sacerdotes, hermanos coadjutores, novicios; otros eran laicos pertenecientes a la Asociación de la Medalla Milagrosa. Todos fueron asesinados por odio a la fe durante la persecución religiosa acaecida en el curso de la guerra civil española entre el 1936 y 1937. Demos gracias a Dios por el gran don de estos testigos ejemplares de Cristo y del Evangelio.

Os saludo a todos vosotros, familias, parroquias, asociaciones y fieles que habéis venido de Italia y de muchas partes del mundo. En particular saludo a los peregrinos provenientes de Washington, Filadelfia, Brooklyn y Nueva York, a la coral parroquial Santa María Magdalena de Nuragus (Cerdeña); a los fieles de Toscana, Ercolano y Venecia; a la Sociedad de bochas de Rosta y los confirmandos de Galzignano. Os deseo a todos un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

El Papa condena el uso del nuclear como instrumento de presión en las relaciones internacionales

No a la lógica de la intimidación



La carrera de armamentos nucleares es funcional a «una lógica del miedo» que hoy amenaza «a todo el género humano». Es el lema lanzado por el Papa Francisco en el discurso pronunciado el viernes por la mañana, 10 de noviembre, en la sala Clementina, durante la audiencia a los participantes del simposio internacional sobre desarme promovido por el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral.

Queridos amigos:

Dirijo a cada uno de vosotros mi cordial saludo y expreso viva gratitud por vuestra presencia y por vuestra actividad al servicio del bien común. Doy las gracias al cardenal Turkson por las palabras de saludo y de introducción.

Participáis en este Simposio para afrontar argumentos cruciales, tanto en sí mismos, como en consideración de la complejidad de los desafíos políticos del actual escenario internacional, caracterizado por un clima inestable de conflictividad. Un oscuro pesimismo podría empujar a creer que «perspectivas para un mundo libre de armas nucleares y por un desarme integral», como dice el título de vuestro encuentro, aparezcan cada vez más remotas. Es un dato de hecho que la espiral de la carrera de armamentos no conoce parada y que los costes de modernización y de desarrollo de las armas, no solo nucleares, representan un gasto considerable para las naciones, hasta el punto de tener que poner en segundo plano las prioridades reales de la humanidad sufriente: la lucha contra la pobreza, la promoción de la paz, la realización de proyectos educativos, ecológicos y sanitarios y el desarrollo de los derechos humanos¹.

No podemos no sentir un vivo sentido de inquietud si consideramos las catastróficas consecuencias humanitarias y ambientales que se derivan de cualquier uso de las armas nucleares. Por tanto, también considerando el riesgo de una detonación accidental de tales armas por un error de cualquier tipo, se debe condenar con firmeza la amenaza de su uso, así como su posesión, precisamente porque su existencia es funcional a una lógica del miedo que no tiene que ver solo con las partes en conflicto, sino con todo el género humano. Las relaciones internacionales no pueden ser dominadas por las fuerzas militares, por las intimidaciones recíprocas, por la ostentación de los arsenales bélicos. Las armas de destrucción masiva, en particular las atómicas, no generan otra cosa que un engañoso sentido de seguridad y no poder constituir la base de la pacífica convivencia entre los miembros de la familia humana, que debe sin embargo inspirarse por una ética de solidaridad.² Insustituible desde este punto de vis-

ta es el testimonio de los *Hibakusha*, es decir las personas golpeadas por las explosiones de Hiroshima y Nagasaki, como también esas de las otras víctimas de los experimentos de las armas nucleares: ¡que su voz profética sea un lema sobre todo para las nuevas generaciones!

Además, los armamentos que tienen como efecto la destrucción del género humano son incluso ilógicos en el plano militar. Por lo demás, la verdadera ciencia está siempre al servicio del hombre, mientras que la sociedad contemporánea aparece como aturdida por las desviaciones de los proyectos concebidos en su seno, quizá por una buena causa inicial. Basta pensar que las tecnologías nucleares se difunden ya también a través de las comunicaciones telemáticas y que los instrumentos de derecho internacional no han impedido que nuevos Estados se unieran al círculo de poseedores de armas atómicas. Se trata de escenarios angustiantes si se piensa en los desafíos de la geopolítica contemporánea como el terrorismo o los conflictos asimétricos.

Y sin embargo, un sano realismo no cesa de encender en nuestro mundo desordenado las luces de la esperanza. Recientemente, por ejemplo, a través de una histórica votación en la sede de la ONU, la mayor parte de los Miembros de la Comunidad Internacional estableció que las armas nucleares no son solamente inmorales sino que deben considerarse también un instrumento ilegítimo de guerra. Se ha colmado así un vacío jurídico importante, ya que las armas químicas, las biológicas, las minas antipersonas o las bombas de racimo son todos armamentos expresamente prohibidos a través de Convenciones internacionales. Todavía más significativo es el hecho de que estos resultados se deban principalmente a una «iniciativa humanitaria» promovida por una alianza válida entre sociedades civiles, Estados, Organizaciones internacionales, Iglesias, Academias y grupos de expertos. En tal contexto se coloca también el documento que vosotros, galardonados con el Premio Nobel de la Paz, me habéis entregado y por el cual expreso mi agradecido aprecio. Precisamente en este 2017 se cumple el 50º aniversario de la Carta Encíclica *Popularum progressio* de Pablo VI. Esta, desarrollando la visión cristiana de la persona, destacó la noción de

desarrollo humano integral y propuso como nuevo nombre de la paz. En este memorable y muy actual Documento, el Papa ofreció la sintética y feliz fórmula por la que «el desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre» (n. 14).

Es por tanto necesario sobre todo rechazar la cultura del descarte y tener cuidado de las personas y de los pueblos que sufren las más dolorosas desigualdades, a través de una obra que sepa privilegiar con paciencia los procesos solidarios respecto al egoísmo de los intereses contingentes. Se trata al mismo tiempo de integrar la dimensión individual y la social mediante el despliegue del principio de subsidiariedad favoreciendo la aportación de todos como individuos y como grupos. Es necesario finalmente promover lo humano en su unidad inseparable de alma y cuerpo, de contemplación y de acción.

Es así por tanto como un progreso efectivo e inclusivo puede hacer factible la utopía de un mundo privado de dañinos instrumentos de ofensa, a pesar de la crítica de aquellos que consideran idealistas los procesos de desmantelamiento de los arsenales. Permanece siempre válido el magisterio de Juan XXIII, que indicó con claridad el objetivo de un desarme integral afirmando: «La detención de los armamentos con fines bélicos, su efectiva reducción, y, con más razón, su eliminación son imposibles o casi, si al mismo tiempo no se procediera a un desarme integral; si no se desmontan también los espíritus, trabajando sinceramente para disolver, en ellos, la psicosis bélica» (Cart. enc. *Pacem in terris*, 11 abril 1963, 61).

La Iglesia no se cansa de ofrecer al mundo esta sabiduría y las obras que ella inspira, en la conciencia de que el desarrollo integral es el camino del bien que la familia humana está llamada a recorrer. Os animo a llevar adelante esta acción con paciencia y constancia, en la confianza de que el Señor nos acompaña.

Que Él os bendiga a cada uno de vosotros y el trabajo que cumplís al servicio de la justicia y de la paz. Gracias.

¹ Cf Mensaje a la III Conferencia sobre el impacto humanitario de las armas atómicas, 7 diciembre 2014.

² Cf Mensaje a la Conferencia de la ONU para la negociación de un instrumento jurídicamente vinculante sobre la prohibición de las armas nucleares, 27 marzo 2017

La invitación del Papa a los escolapios

Reconstruir el pacto educativo

La invitación a comprometerse para «reconstruir el pacto educativo» entre escuela, familia y jóvenes fue dirigido por el Papa a un grupo de Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las escuelas pías (Escolapios), recibidos en audiencia el viernes, 10 de noviembre por la mañana, en la sala clementina. A continuación, el discurso pronunciado de forma improvisada por el Pontífice.

Buenos días, y muchas gracias, Padre General, por sus palabras.

Ustedes se imaginarán que después de haberles mandado este documento no voy a echar un discurso... Así que le pregunté al Padre en qué hablaba, si en castellano o en italiano, y me dijo: «Casi todos entienden castellano».

Gracias por venir así, gracias por traer la familia... —las Montales, que las tenía atrás, en el Colegio El Salvador, y las conozco bien—. la familia. Eso es lindo, una congregación religiosa tiene una familia que rodea, gente que trabaja, laicos, todos... La familia es un signo de fecundidad y humanidad. Gracias por venir así. Tres cosas, tres palabras yo les

Educar es hacer madurar a la persona mediante tres lenguajes: el lenguaje de las ideas, el del corazón y el de las manos

ponía en el mensaje que las retomo ahora para decir dos o tres palabras y saludarlos. Educar, anunciar y transformar. Me detengo en la primera: educar. Educar en este momento es muy serio. Es un desafío grande, porque el pacto educativo en general está roto. El pacto educativo —ahora, yo estoy muy influenciado de mi Patria, pero veo que en todos lados se ve más o menos lo mismo—: escuela, familia y los jóvenes, está roto. Entonces, hay que reconstruir ese pacto educativo de la manera que haya que reconstruirlo, pero es clave en eso. Y educar reconstruyendo el pacto educativo, lo cual incluye la familia, necesariamente, hoy día en la educación no puede estar ausente la familia, la familia como vengas. Pero realmente hay familias destruidas, familias que... bueno, pero en el chico se puede recomponer muchas cosas, muchas cosas. Entonces tratar de rehabilitar el pacto educativo, y tratar que los docentes —en muchos países son los más mal pagados, en muchos países— en ese trabajo, también ayudar al reconocimiento del docente que da su vida. Hay docentes que tienen que trabajar dos turnos

para poder tener un sueldo digno. Ese docente cómo, cuando llegue a su casa, va a tener tiempo de preparar clases, de pensar, y todo eso. El diálogo entre la familia y el docente, la familia, la escuela y el chico, ese diálogo triple. Además el chico que sea activo en la educación. Bueno, eso es para reconstruir el pacto educativo y es una misión muy seria que tienen que tener ustedes en esto: rehacerlo.

Segundo: una educación completa. Salir de la herencia que

que educarla en movimiento. La juventud quieta, hoy, no existe, y si no la ponemos nosotros en movimiento, la van a poner en movimiento mil cosas, principalmente los sistemas digitales que corren el riesgo, en esta velocidad líquida y gaseosa de nuestra civilización —y es el tercer punto que quiero tocar— de quitar las raíces a los chicos.

Los chicos hoy día vienen sin raíces, no tienen raíces, porque no tienen tiempo de echar raíces, perdón, las tienen pero no las asumen, porque no tienen tiempo de asumirlas, no las dejan crecer, no las dejan consolidar, porque viven continuamente en esta «liquidez» de cultura, ¿no es cierto?. Fundamentar las raíces. Jóvenes sin raíces es lo

cuentan: Pónganlos en movimiento a los chicos. Dile: «¿Qué te parece? Vamos a tocar la guitarra en aquel asilo de ancianos». Bueno, que sí, que no... van, y después no quieren salir, porque se da ese fenómeno que los viejos dicen: «No, ¿esta canción, la sabes...?». Y empiezan a hablar, y los chicos quedan encantados y los viejos empiezan a despertar y se dan cuenta que pueden soñar todavía. Por favor, yo les doy esta misión: procuren fomentar —mientras hay tiempo, antes que se nos vayan— el diálogo entre jóvenes y viejos. Busquen las mil maneras, mil maneras de hacerlo, pero siempre en movimiento, porque los jóvenes quietos no funcionan. Este es otro criterio que hay que tener en



nos dejó la Ilustración, que educar es llenar la cabeza de conceptos, ¿no es cierto?, y cuanto más se sepa acá [indica la cabeza], mejor es la educación. Educar es hacer madurar a la persona mediante los tres lenguajes: el lenguaje de las ideas, el lenguaje del corazón y el lenguaje de las manos, y que haya armonía entre los tres, es decir, que nuestros alumnos sientan lo que piensan y hagan lo que piensan y sienten. Esa armonía de la persona, educar a la persona. Yo creo que si no educamos así, perdemos. Algunos pedagogos lo expresan de otra manera pero van a lo mismo: educar en contenidos, hábitos y valores, es lo mismo, una educación de ese tipo. Y yo añadiría que —y es clave hoy en día— la juventud hay

que estamos viendo ahora. Y ¿qué hacemos? Injertos de raíces.

Yo siempre veo que es muy importante, me viene mucho a la mente y sobre todo inspirado —y lo digo con sencillez, rezando y todo— en el profeta Joel cuando dice: «Los viejos soñarán y los jóvenes profetizarán». Hoy los jóvenes necesitan hablar con los viejos: es la única manera que reencuentren sus raíces. Hablar con los padres, sí, eso es fundamental, pero sobre todo, hoy, la necesidad es que encuentren a los viejos, ya los padres son medio de esta sociedad líquida; que encuentren a los viejos. Por favor, traten de fomentar el diálogo entre abuelos y nietos. «No, que los chicos...». No. Experiencias yo he tenido montones y otros que me lo

cuenta en la educación y en todo: los jóvenes quietos están en las enciclopedias; en la realidad, si vos querés que un joven reciba algo tuyo, tenés que tenerlo en movimiento.

Bueno, entonces en esto de educar así se da el anunciar y el transformar, pero me quedo en el educar con las cosas que les dije.

Por eso me quedé sentado, porque no leía un discurso; quería ser más espontáneo.

Muchas gracias y ahora los invito a rezar un Ave María a la Virgen, y también a pedir la protección de San Faustino.

Me causó gracia cómo le pidió el milagro el papá del chico recién nacido, el chileno: «¡Hacé algo, Peladito!».

El grito de los pobres interpela al corazón

FERNANDO CHICA ARELLANO*

Al instituir la Jornada Mundial de los Pobres, que este 2017 se celebrará por primera vez, el Papa Francisco quiere ayudarnos a tomar conciencia de las desigualdades existentes en nuestro mundo para combatir las con las armas de la solidaridad, de una fraternidad real que salga al encuentro de todos aquellos hermanos nuestros que se ven excluidos y olvidados, tirados en la cuneta de la vida y el progreso.

Entre ellos descuellan los que carecen del alimento básico y necesario. En la actualidad son más de 815 millones. Si ante esta tragedia nos limitamos a lamentarnos, nos quedamos indiferentes o nos evadimos pensando que es un problema que otro debe solucionar, nuestra culpa será tan grande como la necesidad de los que esperan nuestra solidaridad mientras claman justicia.

No podemos dejar de escuchar el clamor de los pobres de la tierra. Los postergados de este mundo no pueden seguir siendo preteridos. Hemos de ser como el Señor, cuando le decía a Moisés, antes de enviarle a la misión sagrada de liberar al pueblo de la esclavitud de Egipto: «Han llegado a mis oídos los gritos desesperados de los israelitas» (*Éxodo 3, 9*).

Nuestro corazón y nuestras manos tienen que estar siempre abiertos para socorrer a los necesitados, porque en ellos sabemos que está presente el mismo Cristo, que nos advirtió que algo tan solemne y definitivo como la vida eterna se jugaba aquí en la tierra con la respuesta que diéramos a los que están sufriendo: «Venid, benditos de mi Padre, porque he tenido hambre y me habéis dado de comer» (*Mateo 25, 35*). Este es nuestro deber como hombres y esta es nuestra obligación como cristianos.

En el ejercicio de esta imperiosa tarea, es bueno traer a la memoria el vibrante mensaje que el Santo Padre dirigió a los participantes en la 40ª Conferencia de la FAO. En él subrayaba que «no basta la intención de asegurar a todos el pan cotidiano, sino que es necesario reconocer que todos tienen derecho a él y que deben, por tanto, beneficiarse del mismo». No es suficiente, entonces, esforzarse simplemente para que disminuya

el hambre en el mundo. Hay que acabar con ella, por lo que se requieren medidas urgentes y coordinadas, planteadas, además, no desde la perspectiva de la dádiva, sino desde la de la justicia.

Es imprescindible que se reconozca el derecho de todo ser humano a una alimentación y a una vida digna. Solo partiendo del concepto de deber se podrá llegar al de derecho. Los derechos de los que pasan hambre corresponden a los deberes de los que tienen de sobra. La solidaridad no es una cuestión opcional, algo que se puede tener o no y que, si se tiene, es hermoso, pero si no se tiene no

pasa nada. No habrá paz en el mundo si se vive de espaldas a la solidaridad internacional.

Lamentablemente, «la cultura de la solidaridad» no logra abrirse paso en medio de las actividades internacionales, que permanecen muy unidas al pragmatismo de las estadísticas y a una eficacia carente de la idea de compartir.

Los países ricos tienen el deber de ayudar a los países pobres, empezando por asumir las condiciones ligadas a un comercio justo y pasando por cortar radicalmente la colaboración con la corrupción local, que para el bienestar de un país es tan dañina o más que las graves catástrofes naturales

no solo la evasión fiscal que debilita las arcas públicas, sino también el lavado de dinero procedente del narcotráfico o de otros delitos igualmente graves, como la trata de mujeres, la venta de armas o el mercado negro de órganos para trasplantes.

A este respecto, se vuelven luz las palabras del Sumo Pontífice dirigidas a dicha Conferencia de la FAO: «Solo un esfuerzo de auténtica solidaridad será capaz de eliminar el número de personas malnutridas y privadas de lo necesario para vivir». Esa «auténtica solidaridad» se llevará a la práctica únicamente cuando los individuos y las



que en ocasiones les afectan de modo cruel. Así, el dinero que debía ir dirigido a financiar proyectos de desarrollo, termina por ser desviado a cuentas privadas, no raramente ubicadas en paraísos fiscales.

Las compañías extranjeras se defienden y disculpan diciendo que si no hicieran eso no obtendrían los contratos de explotación que requieren, pero eso no justifica su comportamiento. Desde las instancias adecuadas, se debería supervisar mejor ese tipo de inversiones y transacciones, lo mismo que se está controlando con cada vez mayor eficacia la procedencia del dinero, para evitar

naciones la asuman como real y benéfica obligación, que permita hacer frente al derecho que tiene todo ser humano a llevar una vida digna, a no morir de hambre.

Y si todo esto vale para cualquier persona de buena voluntad, vale muchísimo más para un católico, para un discípulo de Jesucristo, que vino a liberar a los oprimidos y a servir a los menesterosos.

*Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA

Una estrategia global para el ambiente

Combatir el cambio climático y la subida del nivel de los mares

«Una toma de conciencia mundial» y «una estrategia compartida» para afrontar el deterioro ambiental: lo invocó el Papa al recibir en audiencia el sábado 11 de noviembre, por la mañana, en la sala Clementina, a los líderes del Foro de las Islas del Pacífico.

Excelencias, Ilustres Señoras y Señores:

Les agradezco a todos ustedes, líderes del Foro de las Islas del Pacífico, que con su presencia manifiestan las diferentes realidades de una región como la del Océano Pacífico, tan rica en bellezas culturales y naturales.

Esta región, lamentablemente, también suscita fuertes preocupaciones para todos nosotros y especialmente para las personas que viven allí, muy vulnerables a los fenómenos extremos ambientales y climáticos cada vez más frecuentes e intensos. Pero también pienso en las repercusiones del grave problema del aumento del nivel del mar, así como en la disminución continua y dolorosa del arrecife coralino, un ecosistema marino de gran importancia. Al respecto, recuerdo la pregunta alarmante formulada hace casi treinta años por los obispos de las Filipinas: «¿Quién ha convertido el maravilloso mundo marino en cementerios subacuáticos despojados de vida y de color?». Son muchas las causas que han llevado a este deterioro del medio ambiente y por desgracia muchas de ellas se deben a una conducta humana imprudente, unida a formas de explotación de los recursos naturales y humanos cuyo impacto llega hasta el fondo de los océanos.²

Y cuando hablamos de aumento del nivel del mar, que «afecta principalmente a las poblaciones costeras empobrecidas que no tienen a dónde trasladarse»³, pensamos en el problema del calentamiento global, que es ampliamente discutido en muchos foros y debates internacionales. Estos días en Bonn se celebra la COP23, la vigésimo tercera sesión de la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que este año se llevará a cabo bajo la presidencia de uno de los países representados por vosotros, la Isla Fiji. Espero que los trabajos de la COP23, así como los que la siguen, tengan siempre en cuenta esa «Tierra sin fronteras, donde la atmósfera es extremadamente delgada y frágil», como la describía uno de los astronautas actualmente en órbita en la Estación Espacial Internacional, con quien recientemente tuve una conversación muy interesante.

Vienen de países que, con respecto a Roma, se encuentran en las antipodas; pero esta visión de una «Tierra sin fronteras» anula las distancias geográficas, reclamando la necesidad de una toma de conciencia mundial, de una colaboración y de una solidaridad internacionales, de una estrategia compartida, que no permitan permanecer indiferentes ante problemas tan graves como el deterioro del medio ambiente y de la salud de los océanos, conectado con el deterioro humano y social que la humanidad hoy está viviendo.

Por otra parte, no sólo las distancias geográficas y territoriales, sino también las temporales se anulan con la convicción de que en el mundo todo está conectado! Han pasado casi treinta años desde el llamamiento de los obispos filipinos y la situación de los océanos y del ecosistema marino no se puede decir, ciertamente, que haya mejorado, frente a los numerosos problemas que cuestionan, por ejemplo, la gestión de los recursos pesqueros, las actividades en la superficie o en las profundidades, la situación de las comunidades costeras y de las familias de pescadores, la contaminación causada por la acumulación de plástico y microplástico. «¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo? Esta pregunta no afecta sólo al ambiente de manera aislada, porque no se puede plantear la cuestión de modo fragmentario. Cuando nos interrogamos por el mundo que queremos dejar, entendemos sobre todo su orientación general, su sentido, sus valores»⁵.

Les doy las gracias por esta visita que me agrada mucho y los bendigo de corazón así como a vuestras naciones. Gracias.

¹ Véase Conferencia de Obispos Católicos de Filipinas, Carta Pastoral *What is Happening to our Beautiful Land? 29* de enero de 1988, cit. en Cart. Enc. *Laudato si'*, 41.

² Cf. Cart. enc. *Laudato si'*, 41.

³ Cf. *ibid.*, 48.

⁴ Cf. *ibid.*, 16.

⁵ *Ibid.*, 160.

Crisis ambiental que afecta a todos

A la COP23 una invitación a la colaboración

Sobre la crisis ambiental es necesario evitar comportamientos de «negación» o de «indiferencia» pero también de «resignación» o de «confianza en soluciones inadecuadas». Lo escribe el Papa Francisco en el mensaje enviado al presidente de la conferencia internacional COP23, promovida por la ONU, celebrada del 6 al 17 de noviembre en Bonn.



A Su excelencia el Señor Frank Bainimarama Primer ministro de las Islas Fiji Presidente de la 23ª sesión de la Conferencia de los Estados Parte de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP23)

Excelencia:

Hace poco menos de dos años, la comunidad internacional se encontraba reunida dentro de este foro de la UNFCCC, con una gran parte de sus máximos representantes gubernativos y después de un largo y complejo debate se alcanzó la adopción del histórico Acuerdo de París. Éso vio el logro de un con-

senso sobre la necesidad de iniciar una estrategia compartida para contrarrestar uno de los fenómenos más preocupantes que nuestra humanidad está viviendo: el cambio climático.

La voluntad de dar continuidad a este consenso se destacó después por la velocidad con la que el mismo Acuerdo de París entró en vigor, menos de un año después de su adopción.

El acuerdo indica un claro trayecto de transición hacia un modelo de desarrollo económico a bajo o nulo consumo de carbono, animando a la solidaridad y sirviéndose de los fuertes vínculos existentes entre la lucha contra el cambio climático y aquella contra la pobreza. Esta transición debe acelerarse después por la urgencia climática que pide mayor empeño por parte de los países, alguno de los cuales deberán intentar asumir el papel de guía de esta transición, teniendo bien en cuenta las necesidades de las poblaciones más vulnerables.

En estos días están reunidos en Bonn, para llevar adelante otra fase importante del Acuerdo de París; el proceso de definición y construcción de líneas guía, reglas y mecanismos institucionales con el fin de que éste sea realmente eficaz y capaz de contribuir al

logro de los objetivos complejos que se propone. En un camino semejante es necesario mantener elevada la voluntad de colaboración. En esta perspectiva, deseo reafirmar mi «invitación urgente a renovar el diálogo sobre el modo en el que estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una confrontación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos y sus raíces nos afectan y nos tocan a todos. [...] Desafortunadamente, muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental se ven a menudo frustrados por varios motivos que van de la negación del problema a la indiferencia, a la resignación cómoda o a la confianza ciega en las soluciones técnicas» (cf. Enc. *Laudato si'*, 14).

Debemos evitar caer en estos cuatro comportamientos perversos, que por supuesto no ayudan a la búsqueda honesta y al diálogo sincero y productivo sobre la construcción del futuro de nuestro planeta: negación, indiferencia, resignación y confianza en soluciones inadecuadas. Además, no podemos limitarnos a la sola dimensión económica y tecnológica: las soluciones técnicas son necesarias pero no suficientes; es esencial y preciso tener atentamente en consideración también los aspectos y los impactos éticos y sociales del nuevo paradigma de desarrollo y de progreso a breve, medio y largo plazo.

Desde esta perspectiva, parece cada vez más necesario prestar atención a la educación y a los estilos de vida basados en una ecología integral, capaz de asumir una visión de investigación honesta y de diálogo abierto donde se entrelazan las diversas dimensiones del Acuerdo de París. Esto, es bueno recordarlo, nos «recuerda la grave responsabilidad [...] de razonar sin demora, de la forma más libre posible de presiones políticas y económicas, superando los intereses y comportamientos particulares» (cf. *Mensaje a la COP22*). Se trata, en concreto, de que se propague una «conciencia responsable» hacia nuestra casa común (cf. Enc. *Laudato si'*, 202; 231) a través de la contribución de todos, al aclarar las diferentes formas de acción y de asociación entre las diversas partes interesadas, algunas de las cuales no dejan de destacar el ingenio del ser humano en favor del bien común.

Mientras le transmito mi saludo a usted, Señor Presidente y a todos los participantes de esta Conferencia, deseo que, con su autorizada guía y la de las Islas Fiji, la labor de estos días esté animada por el mismo espíritu colaborativo y proactivo manifestado durante la COP21. Esto permitirá acelerar la toma de conciencia y consolidar la voluntad de adoptar decisiones realmente eficaces para contrarrestar el fenómeno del cambio climático y al mismo tiempo combatir la pobreza y promover un verdadero desarrollo humano integral. Que en este empeño les sostenga la sabia providencia del Altísimo.

(Vaticano, 7 de noviembre de 2017)



La imprudencia humana llega al fondo de los océanos

LORENA PACHO

La vigésimo tercera conferencia de Naciones Unidas sobre el cambio climático, la llamada COP23, celebrada en Bonn (Alemania), a la que el Papa pidió atención para esta tierra sin fronteras, con la atmósfera extremadamente delgada y frágil, busca caminos para hacer frente a los retos que supone el calentamiento global y para ayudar a los países a mejorar la efectividad de su respuesta ante el cambio climático. Desde hace 22 años, el cambio climático tiene una cita fija en la agenda de la ONU. La de esta ocasión coincide con el segundo aniversario de la adopción del Acuerdo de París, que establece un plan de acción mundial para limitar a 1,5 grados centígrados el aumento de la temperatura de la atmósfera terrestre y de los océanos y para controlar las emisiones de gases como el dióxido de carbono. Precisamente el objetivo de la COP23 es impulsar la implementación de este Acuerdo y de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y lograr sus objetivos «para poner al mundo en una trayectoria de desarrollo más seguro y próspero», según Naciones Unidas.

La presidencia de la Conferencia en esta edición ha recaído en las Islas Fiji, como primer pequeño estado insular en desarrollo que desempeña este papel. Además es uno de los países representados por el Foro de las Islas del Pacífico, recibidos por el Papa en audiencia en el Vaticano, el 11 de noviembre. Como telón de fondo de los encuentros están los recientes fenómenos meteorológicos como huracanes, incendios, inundaciones o sequías que han devastado la vida de millones de personas en diferentes lugares de Asia, América o el Caribe. El objetivo de acotar el calentamiento global medio a 1,5 grados es «una cuestión de supervivencia», recordó el presidente de la República de Nauru, Baron Waqa, que saludó al Papa Francisco junto al resto de líderes del Foro. Y advirtió de que «quedan pocos años antes de que el exceso de lasotas de dióxido de carbono lleven a un aumento de la temperatura a niveles tales que puedan hacer desaparecer muchas partes del Pacífico».

Desde Naciones Unidas apuntan a la urgencia de llevar a cabo una acción más rápida e inmediata, ya que con los compromisos y los esfuerzos registrados hasta el momento el mundo va camino de un incremento de al menos 3 grados centígrados. De continuar así, esto provocará la pérdida de la capa de hielo de Groenlandia, el aumento del nivel de los mares, daños importantes en valiosos sistemas naturales como el Amazonas y riesgos crecientes para la previsibilidad de los sistemas de circulación oceánica, lo que pondría contra las cuerdas la salud del planeta.

En su discurso a los líderes del Foro de las Islas del Pacífico, el Papa Francisco apuntó a la multiplicidad de causas que han conducido a un deterioro del medio ambiente y señaló como en muchas ocasiones la imprudencia humana ha llegado hasta el fondo de los océanos. Estos se enfrentan a amenazas tales como la contaminación; la pesca excesiva, que menoscaba la biodiversidad marina y el equilibrio ecológico; el crecimiento de la acuicultura y la gran cantidad de desechos que genera; la acidificación de las aguas, producida por la contaminación del aire; los medios complejos o invasivos de extracción de minerales del fondo del mar o la sobreexplotación turística.

Con anterioridad, el pasado mes de octubre, el Pontífice había recordado en su carta a la IV Conferencia de alto nivel *Our Ocean* (Nuestro Océano) de Malta que «los océanos son el patrimonio común de la familia humana. Sólo con un profundo sentido de humildad, asombro y gratitud podemos hablar con razón del océano como «nuestro». Cuidar esta herencia común implica necesariamente el rechazo de formas cínicas o indiferentes de actuar». En su visita al Vaticano, el presidente de la República de Nauru mencionó que los habitantes de las regiones del Pacífico son «las personas más vulnerables al cambio climático», algo que el Papa recordó también en su discurso —«afecta principalmente a las poblaciones costeras empobrecidas que no tienen a dónde trasladarse»— y de lo que habla ampliamente en su encíclica *Laudato si'*, donde menciona la necesidad de educar para un «pacto entre la humanidad y el medio ambiente» (cf. 209-215) y también añade que «existen formas de contaminación que afectan cotidianamente a las personas. La exposición a los contaminantes atmosféricos produce un amplio espectro de efectos sobre la salud, especialmente de los más pobres, provocando millones de muertes prematuras» (cf. *LS 20*). Durante la COP23, la secretaria ejecutiva de ONU Cambio Climático, Patricia Espinosa, explicó que «muchas personas experimentan el cambio climático a través de los efectos que causa en su propia salud, desde la contaminación atmosférica y las olas de calor, hasta la contaminación del agua potable como consecuencia de eventos meteorológicos extremos. Si unidos y con muchos socios podemos lograr los objetivos climáticos mundiales, también podemos desempeñar la función de impulsar una gran mejora de la salud de miles de millones de personas». A este respecto, Francisco apunta hacia una toma de conciencia universal, más allá de las fronteras. Su última encíclica ha desempeñado una significativa labor de sensibilización de la opinión pública y de los líderes mundiales sobre el cuidado de la casa común. Como recordó en su mensaje pontificio a la anterior conferencia sobre el Cambio Climático, la COP22 y como registra en su documento papal «como una sola familia humana. No hay fronteras ni barreras políticas o sociales que nos permitan aislarnos, y por eso mismo tampoco hay espacio para la globalización de la indiferencia» (*LS 52*). En esa ocasión el Pontífice también señaló que «el estilo de vida basado en la cultura del descarte es insostenible y no debe tener espacio en nuestros modelos de desarrollo y de educación». Son algunos de los desafíos que deberán afrontarse para determinar qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan (*LS 160*).



Un espacio para la lectura espiritual

Una vela encendida contra el viento



Charitas Pirckheimer, la abadesa de un convento de clarisas de Núremberg del siglo XVI, mujer y católica en un ámbito protestante, es la «vela encendida contra el viento» en torno a la que gira el último libro de la teóloga y escritora española María Cristina Inogés Sanz. A lo largo de las páginas de la obra, la autora rescata del olvido y va desgranando la figura de esta abadesa ejemplar, llamada Bárbara en el mundo y Charitas en el convento, que al mismo tiempo que nacía la reforma luterana se enfrentó a los dirigentes de la ciudad que querían acabar con su mo-

nasterio. En él vivían 75 monjas, a solo 60 km del corazón geográfico de la Reforma de Lutero, en un momento en el que todos los conventos masculinos, salvo los franciscanos observantes, habían adoptado la nueva fe. Como hilo conductor resalta el ejemplo de Charitas, personaje polidrico, como mujer adelantada a su tiempo, humanista y erudita, de espíritu ecuménico, de diálogo y de fe; también de razón y de encuentro. Y a través de los acontecimientos la va definiendo como

un enlace de transición entre dos épocas históricas, «un puente sobre aguas turbulentas». En los diferentes capítulos el lector podrá encontrar la evolución de las circunstancias que llevaron a la abadesa a refutar de forma pacífica y firme algunas de las tesis de la Reforma para defender su convento y la vida monástica que había elegido libremente. Al mismo tiempo, se aprecian puntos de confluencia y que la postura de Charitas no estaba tan alejada de la de Lutero, ya que no rebatía toda su doctrina, y en el libro, la autora resalta esa búsqueda de la avenencia y el encuentro. A las

reuniones entre la abadesa y los representantes del movimiento reformista, para concordar una solución para el convento, Inogés las denomina «el primer encuentro ecuménico de la época de la Reforma». Y pone en boca de la propia protagonista la expresión «diferencias de acento y no de fondo».

María Cristina Inogés Sanz, natural de Zaragoza, es teóloga por la Facultad de Teología protestante de Madrid. Actualmente colabora en la publicación anual Lecturas diarias, de la Iglesia evangélica de Río de la Plata, de Argentina. Ha publicado *Viacrucis de la Misericordia* y colabora en la *Revista 21*. Para componer este libro se ha basado en los apuntes de un diario que a su vez hacían referencia a las Notas Memorables que Charitas Pirckheimer había escrito entre 1524 y 1525 en su Núremberg natal; Inogés además cotejó y completó la información con publicaciones científicas, obras de Lutero y tratados de historia, para entender qué ocurrió en la ciudad alemana en esa época y ofrecer un contexto completo y fidedigno. A modo de conclusión, la autora cierra el libro con una emotiva entrevista imaginaria con la protagonista en la que las dos mujeres, una del siglo XVI y otra del XXI, convierten su «diálogo» en una amplia reflexión sobre la fe y la historia. (Lorena Pachó)



El cuerpo y el lenguaje de Dios

«**P**asó mucho tiempo hasta que descubrí que el Cantar de los Cantares es un libro extraordinario. Sin la menor duda. El lenguaje del amor expresado en el lenguaje del cuerpo humano con toda clase de metáforas, eufemismos orientales y recursos poéticos pone de manifiesto lo importante que para Dios es el amor entre un varón y una mujer». Son estas las palabras extraídas del libro «El Cantar de los cantares. Don, compromiso y regalo» con las que la autora María Cristina Inogés Sanz, describe, cuenta e invita a reflexionar, a lo largo de sus 189 páginas. Y será de la mano de la poesía encerrada en este libro del Antiguo Testamento que la teóloga irá hilvanando los entresijos que atesora el Cantar. Relaciones sociales, con la naturaleza, con el mundo animal y vegetal; problemas y discusiones acerca de su autoría; la compleja serie de desafíos culturales, litúrgico-pastorales y sociales; se irán sucediendo a medida que el lector se va adentrando en el estudio de este libro tan antiguo como los deseos, pasiones y sentimientos de los hombres. Y «¿por qué? Porque este amor carnal, humano, que con tanta fuerza y belleza se manifiesta puede llegar a ser el lenguaje del amor de Dios» (ibid. pg. 19). Serán estas páginas las encargadas de volver a presentar el cuerpo humano con sus delicados mecanismos sobre todo de deleite y pasión carnal, que «Dios ha depositado en nuestra naturaleza humana», a los ojos del mundo moderno, para valorar, agradecer y llevar a su máxima expresión lo que Dios preparó en este gran proyecto como lo es su creatura humana: «hombre y mujer los creó». (Arturo López)

INFORMACIÓN VATICANA



EL PAPA HA NOMBRADO:

Jefe de Oficina en la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica al Ilmo. GIUSEPPE PIAZZA, hasta ahora responsable de sector en el mismo dicasterio.

Miembro de la Congregación para las Causas de los Santos a S.E. Monseñor FRANS DANIELS, arzobispo titular de Bitá, ex secretario del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica.

Consultor de la Congregación para las Causas de los Santos al Reverendo P. ARTURO ELBERTI, S.I., docente de Teología Sacramentaria en la Universidad Pontificia «Antoninum» de Roma.

Jefe de Oficina de la Biblioteca Apostólica Vaticana a la Il.ma Sra. ANDREINA RITA, Oficial de dicha Biblioteca Apostólica Vaticana.

Secretario del Consejo Pontificio de la Cultura a S.E. Monseñor PAUL TIGHE, obispo titular de Drivasto, hasta ahora Secretario adjunto del mismo dicasterio.

Relator de la Congregación para las Causas de los Santos al revdo sacerdote JOSÉ JAIME BROSEL GAVILÁ, del clero de la archidiócesis de Valencia, hasta ahora oficial del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

Miembros de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos a los Emms. Sres. Cardenales :

BENIAMINO STELLA, Prefecto de la Congregación para el Clero; GIUSEPPE VERSALDI, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica; DOMINIQUE MAMBERTI, Prefecto del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica; JEAN ZERBO, arzobispo de Bamako (Mali); LOUISMARIE LING MANGKHANekhoun, vicario apostólico de Paksé (Laos); a los Excmos. Monseñores: GIUSEPPE LAZZAROTTO, arzobispo titular de Numanza, nuncio apostólico; MARIO GIORDANA, arzobispo titular de Minorci, nuncio apostólico; ADRIANO BERNARDINI, arzobispo titular de Faleri, nuncio apostólico; VINCENZO PAGLIA, Presidente de la Academia Pontificia de la Vida.

Misa por la fiesta nacional de Panamá

El cardenal José Luis Lacunza, obispo de David, presidió, el viernes 17 de noviembre, la celebración eucarística en conmemoración de la fiesta patria de la República de Panamá. El evento fue promovido por la embajadora ante la Santa Sede y Soberana Orden de Malta, Miroslava Rosas Vargas. Por la tarde, junto con el embajador de Polonia ante la Santa Sede, S.E. Janusz Kotanski se llevó a cabo la ceremonia de la entrega de la reliquia de san Juan Pablo II, en los Salones de la Embajada de Polonia ante la Santa Sede, (via dei Delfini 16 int.7). Entre los asistentes estaban presentes el cardenal Stanislaw Rylko, arcipreste de la Basílica Papal de Santa María la Mayor, y el cardenal José Luis Lacunza.

A los católicos italianos el Papa pide acoger «Amoris laetitia»

La familia antídoto al individualismo

No hay que confundir «el primado de la conciencia, que hay que respetar siempre, con la autonomía exclusiva del individuo respecto a las relaciones que vive». De este riesgo advirtió el Papa en un videomensaje enviado a los participantes del simposio internacional celebrado en Roma el sábado 11 de noviembre por iniciativa de la Oficina para la pastoral familiar de la Conferencia Episcopal italiana.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Os saludo cordialmente a todos vosotros que participáis en el tercer Simposio internacional sobre la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, convocado por la Oficina para la pastoral familiar de la Conferencia episcopal italiana.

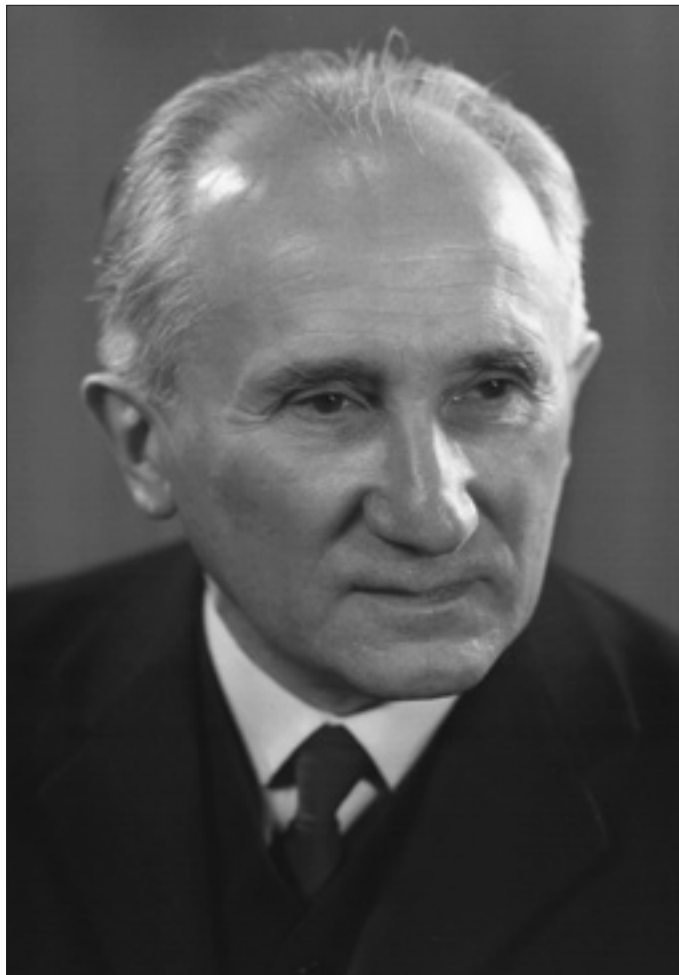
El tema que os habéis propuesto: «El Evangelio del amor entre conciencia y norma», es de gran relevancia y puede iluminar el recorrido que las iglesias en Italia están realizando, también para responder al deseo de familia que emerge en el ámbito de las jóvenes generaciones. El amor entre hombre y mujer es evidente entre las experiencias humanas más generativas, es fermento de la cultura del encuentro y lleva al mundo actual una inyección de sociabilidad: realmente «el bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia».¹ Precisamente la propia familia nacida del matrimonio genera uniones fecundas, que resultan el antídoto más eficaz al individualismo difuso; aun así, en el camino del amor conyugal y de la vida familiar hay situaciones que requieren elecciones arduas, para realizar con rectitud. En la realidad doméstica a veces se presentan problemas concretos para afrontar con conciencia prudente por parte de cada uno. Es importante que los esposos, los padres no sean dejados solos, sino acompañados en el compromiso de aplicar el Evangelio en la concreción de la vida. Por otra parte, sabemos bien que «estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas».²

El mundo contemporáneo corre el riesgo de confundir el primado de la conciencia, que hay que respetar siempre, con la autonomía exclusiva del individuo respecto a las relaciones que vive.

Como decía recientemente a la Pontificia Academia para la Vida, «hay quienes incluso hablan de egolatría, es decir, de una verdadera adoración del ego, en cuyas aras se sacrifica todo, incluyendo los afectos más queridos. Esta perspectiva no es inofensiva: dibuja un sujeto que se mira constantemente en el espejo, hasta que llega a ser incapaz de volver sus ojos a los demás y al mundo. La propagación de esta actitud tiene repercusiones gravísimas en todos los afectos y vínculos de la vida».³ Esto es una «contaminación» que corroe las almas y confunde las mentes y los corazones, produciendo falsas ilusiones.

Romano Guardini, en un texto suyo sobre el tema de la conciencia, indica el camino para la investigación del verdadero bien. Escribe: «De esta prisión en mí mismo yo me libero solamente si encuentro un punto, que no sea mi yo; una altura encima de mí. Algo sólido y operante que se afirma en mi interior. Y así llegamos al punto central [...] es decir a la realidad religiosa. Ese bien [...] es algo vivo. [...] Es la plenitud de valor del mismo Dios viviente».⁴

En lo íntimo de cada uno hay un lugar donde el Misterio se revela e ilumina a la persona haciéndola protagonista de su historia. La conciencia —recuerda el Concilio Vaticano II— es este «núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella».⁵ Al cristiano le corresponde vigilar para que en esta especie de tabernáculo no falte la gracia divina, que ilumina y fortifica el amor conyugal y la misión paternal. La gracia llena las «ánforas» de los corazones humanos de una extraordinaria capacidad de don, renovando para las familias de hoy el milagro de las



Romano Guardini

bodas de Caná. Comentando ese episodio evangélico, he podido decir que «convirtiendo en vino el agua de las tinajas utilizadas “para las purificaciones de los judíos” (v. 6), Jesús realiza un signo elocuente: transforma la Ley de Moisés en Evangelio, portador de alegría».⁶ Jesús indica en particular la medicina de la misericordia, que sana la dureza del corazón, resanando las relaciones entre marido y mujer y entre padres e hijos.

Queridos hermanos y hermanas, os deseo todo bien para vuestro trabajo en este Simposio. Que pueda ayudar a la Iglesia en Italia a asimilar y desarrollar los contenidos y el estilo de *Amoris laetitia*; que pueda contribuir a la formación de los animadores de los grupos familiares en las parroquias, en las asociaciones, en los movimientos; que pueda sostener el camino de tantas familias, ayudándoles a vivir la alegría del Evangelio y a ser células activas en la comunidad. Os bendigo de corazón, y os pido por favor que recéis por mí.

¹ Exort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 31.

² *Ibid.*, 37.

³ Discurso a los participantes de la Asamblea General de la Academia Pontificia para la Vida, 5 octubre 2017.

⁴ La conciencia, Brescia 1933, 32-33.

⁵ Cost. past. *Gaudium et spes*, 16.

⁶ Catequesis en la Audiencia general del 8 de junio 2016.

Las homilias del Pontífice



El olfato
de los cristianos

En una sociedad contaminada por el «smog de la corrupción», el cristiano debe ser «astuto» y tener «olfato»: de hecho «no puede permitirse ser ingenuo» porque custodia un «tesoro que es el Espíritu Santo». La reflexión propuesta por el Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta la mañana del viernes 10 de noviembre, tocó una de las heridas abiertas del hombre contemporáneo. Y, en el dirigirse a la conciencia de cada persona, interpeló en particular a quienes en la sociedad tienen responsabilidades colectivas de gobierno y administración.

Punto de partida de la homilía fue el pasaje evangélico del día, en el cual Lucas (16, 1-8) pasa de las «tres palabras de la misericordia» a un argumento «totalmente diferente» a través de la parábola del administrador deshonesto. Mientras las precedentes describían «la historia de Dios, la historia del amor, la historia de la misericordia», aquí se llega a «una historia de corrupción».

El Pontífice resumió la historia en la cual se habla de un hombre rico que «había escuchado cómo se administraba su empresa» y se dio cuenta de «algo sospechoso en relación con el administrador». Un personaje deshonesto que, evidentemente, «tenía la mano larga» y, sabiendo bien cómo hacer malabarismos con las estafas, «fue adelante mucho tiempo, hasta el momento que el hombre rico se dio cuenta». ¿Y cómo reaccionó el administrador? Es el mismo pasaje evangélico, del que habló el Papa, el que sondea sus pensamientos. «Pero ahora con esta costumbre que yo tengo de ganancia fácil, ¿tengo que volver a trabajar? ¿A ganarme el pan con el sudor? ¿Levantarme todos los días a las seis de la mañana? No, no, no».

De esta conciencia, explicó el Pontífice, nace la táctica del administrador que empieza haciendo «grupos con otros corruptos». E incluso si «algunos de estos no eran corruptos» les «gustó la propuesta y entraron en la corrupción». Comentó Francisco: «¡Son poderosos estos! Cuando hacen los grupos de la corrupción son poderosos; incluso llegan a actitudes mafiosas». Y subrayó que lo descrito en esta parábola «no es una fábula», no es «una historia que debemos buscar en los libros de historia antigua: la encontramos to-

dos los días en los periódicos, todos los días». De hecho, añadió, «esto sucede también hoy, sobre todo con esos que tienen la responsabilidad de administrar los bienes del pueblo». Por otro lado «con los propios bienes nadie es corrupto, los defiende». La conclusión del pasaje evangélico abrió el camino a las consideraciones del Pontífice. Sobre todo se lee «que el señor alabó al administrador injusto porque había obrado astutamente». De hecho, explicó el Papa, los corruptos en general «son astutos», saben llevar bien su conducta deshonesto: «También con cortesía, con guantes de seda, pero la hacen bien». Y, sobre todo, en el pasaje está el comentario final de Jesús que dice: «los hijos de este mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz». Esta es «la consecuencia que Jesús toma de esta historia, que es una historia cotidiana. La sagacidad de estos».

Precisamente de aquí Francisco empezó a profundizar en su reflexión preguntándose: «Pero si estos son más sagaces que los cristianos —pero no diré cristianos, porque también muchos corruptos se dicen cristianos—, si estos son más sagaces que esos fieles a Jesús, yo me pregunto: ¿pero hay una sagacidad cristiana?». La parábola ofreció al Papa el matiz para considerar la vida concreta del cristiano, que cotidianamente debe enfrentarse con la plaga de la corrupción. Francisco empezó por una pregunta: «¿Existe una actitud para aquellos que quieren seguir a Jesús» de forma que «no terminen mal, que no terminen comidos vivos —como decía mi madre: “comidos crudos”— por los otros»? ¿Cuál es «la sagacidad cristiana», una sagacidad, es decir, «que no sea de pecado, sino que sirva para llevarme adelante en el servicio del Señor y también en la ayuda de los otros»? ¿Existe «una astucia cristiana»?

La respuesta, dijo el Papa, viene directamente del Evangelio, donde se encuentran «algunas palabras, algunos dichos que nos ayudan a entender si existe —yo diré— el olfato cristiano para ir adelante sin caer en los grupos de la corrupción». Jesús, de hecho, con tal fin utiliza «contraposiciones», como la de «corderos» y «lobos» («Yo os envío como corderos entre lobos») con la cual se entiende que «el cristiano es un cordero que debe ingeniárselas con los lobos». Y por eso, a través de «otra paradoja» se da un consejo: «Sed prudentes como las serpientes y sencillos como la paloma». Pero, prosiguió Francisco, «¿cómo se hace para llegar a esta actitud de prudencia como las serpientes y de sencillez como las palomas?». De nuevo la sugerencia viene de Jesús, que «repite muchas veces en el Evangelio: “Estad atentos, estad atentos. Mirad, mirad los signos de los tiempos: cuando el árbol de los higos comienza a dar hojas es porque está cerca la primavera; cuando el almendro florece está cerca la primavera». Es necesario, por tanto, estar «atentos a lo que sucede», mirar bien, tener «los ojos abiertos».

Es precisamente esta, explicó el Pontífice, la primera actitud que nos lleva a la «sagacidad cristiana»: la atención a lo que sucede. Cultivar, es decir, ese «sentido de la desconfianza sana» que nos lleva, por ejemplo a decir: «De este no me fio, habla mucho, promete mucho...». Como sucede cuando alguno propone: «Haz la inversión en mi banco y te daré un interés doble del que dan los otros» — «Oh, ¡qué bueno!»—. Y sin embargo el sagaz entiende que «esto es demasiado». El cristiano, por tanto, «está atento, mira los signos de los tiempos».

Hay después una segunda sugerencia: «reflexionar». Es necesario, sugirió Francisco, «no ser rápidos al aceptar las propuestas, porque el diablo siempre hace así con nosotros; vienen con una humildad fingida». Lo mismo le sucedió a Eva: «“Pero mira esta manzana, es bonita, ¡eh!” — “No, pero no puedo comerla” — “Pero mira, si tú la comes te convertirás en...”». Una historia que todos conocen y que habla de la «seducción» del diablo. Es necesario por tanto «estar atentos y reflexionar», teniendo en cuenta que «el diablo sabe por qué puerta entrar en nuestro corazón, porque conoce nuestras debilidades. Cada uno tiene la propia. Y llama a esa puerta, entra por esa puerta».

Finalmente, un tercer elemento: «rezar». Si se tiene estas tres actitudes, afirmó el Papa, «puedes estar seguro de que llegará esta sagacidad cristiana que no se deja engañar, no se deja vender un trocito de cristal creyendo que sean piedras preciosas. Y así seremos, como dice Jesús: “prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas”». Y «tendremos el olfato cristiano delante de las cosas que suceden».

En conclusión, como es habitual, el Pontífice sugirió una intención de oración unida a la meditación apenas realizada: «Rezamos hoy al Señor para que nos dé esta gracia de ser astutos, cristianos astutos, de tener esta sagacidad cristiana», porque «si hay una cosa que el cristiano no puede permitirse es ser ingenuo». De hecho «como cristianos tenemos un tesoro dentro: el tesoro que es Espíritu Santo. Debemos custodiarlo». Quien «se deja robar el Espíritu» es un ingenuo. Y un cristiano «no puede permitirse ser ingenuo». Pedir al Señor «esta gracia de la sagacidad cristiana y del olfato cristiano», concluyó el Papa, es también «una buena ocasión para rezar por los corruptos». Por otro lado, dijo Francisco, «se habla de smog que causa contaminación», pero existe también «un smog de corrupción en la sociedad». Por eso «rezamos por los corruptos: pobrecillos, que encuentren la salida de esa cárcel en la que han querido entrar».





Los que escandalizan

De las pequeñas y grandes «incoherencias de todos los días» —las que se ven también en las iglesias o son cometidas por cristianos que en el mundo del trabajo dan «escándalo»— el Papa Francisco advirtió en la misa celebrada el lunes 13 de noviembre en Santa Marta. «Jesús empieza este pasaje del Evangelio —hizo presente enseguida refiriéndose al pasaje litúrgico del Evangelio de Lucas (17, 1-6)— con una constatación de buen sentido: “Es inevitable que haya escándalos”. Y de hecho «es inevitable» indicó Francisco: escándalos «hay, habrá». Pero Jesús hace «una advertencia que es constatación y advertencia» al mismo tiempo: «Ay de aquel por quien vienen» los escándalos.

Por tanto el Señor lanza «una advertencia fuerte» y va también «más allá», añadiendo: «Más le vale que le pon-

La incoherencia de los cristianos es una de las armas más fáciles que tiene el diablo para debilitar al Pueblo de Dios y para alejarlo del Señor

gan al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños». Pero no termina aquí, observó el Pontífice. El Señor de hecho «dirigiéndose a los suyos dice: “cuidaos de vosotros mismos”; es decir, estad atentos de no escandalizar». Explicó el Papa que «el escándalo es feo porque hiere la vulnerabilidad del Pueblo de Dios, hiere la debilidad del Pueblo de Dios, y muchas veces estas heridas se llevan para toda la vida». Es más, el escándalo, explicó el Papa, «no solo hiere» sino que «es capaz de matar: matar esperanzas, matar ilusiones, matar familias, matar muchos corazones».

El escándalo es «un tema sobre el cual Jesús volvía» a menudo, precisó el Pontífice. Por ejemplo «después de una predicación había dicho: “Beatos aquellos que no se escandalizan de mí”». Porque «Él tenía cuidado de no escandalizar». E, incluso, «cuando era el momento de pagar las tasas, para no “escandalizar” dice a Pedro: “Ve al mar, pesca un pez, toma la moneda que tiene en la boca y paga por ti y por mí”». Siempre «para no escandalizar», Jesús advierte también: «Si tu mano es motivo de escándalo, córtala». Y después, de nuevo, «a Pedro, cuando está delante de la cruz, del proyecto de la cruz, trata de convencerlo de tomar otro camino, no hace tantos matices: “Aléjate de mí, quiero hacerte tropezar, escándalo eres para mí”».

«Jesús en esto es muy preciso» explicó Francisco. Y «a nosotros, a todos» da «esta advertencia: “¡estad atentos de vosotros mismos!”». Porque «está el escándalo del Pueblo de Dios, de los cristianos, cuando un cristiano, diciéndose cristiano, vive como pagano». Por otro lado, afirmó el Papa, «cuántas veces en nuestras parroquias hemos escuchado gente que dice: “No, yo a la Iglesia no voy porque ese o esa que está todo el día encendiendo las velas allí dentro, después sale, habla mal de los otros, siembra cizaña...”».

Y «cuántos cristianos —constató el Pontífice— alejan a la gente con su ejemplo, con su incoherencia: la incoherencia de los cristianos es una de las armas más fáciles que tiene el diablo para debilitar al Pueblo de Dios y para alejar al Pueblo de Dios del Señor». Es el estilo de «decir una cosa y hacer otra». Precisamente «eso que Jesús decía al pueblo sobre los doctores de ley: “Haced lo que ellos dicen, no hagáis lo que hacen”». Esto es «la incoherencia».

Al respecto, el Papa no dejó de sugerir «preguntarse hoy, cada uno de nosotros: ¿cómo es mi coherencia de vida?». En mi vida hay «¿coherencia con el Evangelio, coherencia con el Señor?». Preguntarse, por tanto, «si por mi incoherencia soy motivo de escándalo para los otros».

E incoherente, explicó el Pontífice, es también el cristiano que dice: «Yo voy todos los domingos a misa, soy de acción católica o de esta asociación o de la otra, pero pago en negro a mis trabajadores o hago un contrato de septiembre a junio» — «¿Y julio y agosto?» — «¡arréglatelas querido!»». Precisamente estas son las «incoherencias de todos los días». Pero son motivo de escándalo también «los cristianos empresarios que no pagan lo justo» y se aprovechan «de la gente para enriquecerse».

Cierto, prosiguió Francisco, «después podemos preguntarnos sobre el escándalo de los pastores, porque en la Iglesia estamos también nosotros pastores». El profeta Jere-



mías, «hablaba de este “ay de vosotros”» refiriéndose precisamente a los «pastores que explotan a la gente, explotan a las ovejas, para enriquecerse buscan la leche o la lana, así dice Jeremías, para vestirse y por la vanidad, pero no cuidan a las ovejas».

Después está también «el escándalo del pastor que empieza, por ejemplo, a alejarse de la gente: el pastor lejano». Sin embargo «Jesús nos enseña que el pastor debe ser cercano y cuando el pastor se aleja escandaliza: es un “señor”». De hecho, «Jesús nos dice que no se puede servir a dos señores, Dios y el dinero: cuando el pastor es uno aferrado al dinero, escandaliza». Y «la gente se escandaliza» viendo «al pastor aferrado al dinero», reiteró el Pontífice. Por esta razón «cada pastor debe preguntarse: ¿cómo es mi amistad con el dinero?».

Está, además, el escándalo del «pastor que trata de ir arriba: la vanidad lo lleva a trepar, en vez de ser manso, humilde, porque la mansedumbre y la humildad favorecen la cercanía al pueblo». O también el escándalo del «pastor que se siente “señor” y manda a todos, orgulloso, y no el pastor servidor del pueblo de Dios».

Se podría continuar sobre estas cosas, afirmó Francisco. Lo recuerda «Jeremías, y también san Agustín toma este» pensamiento «de Jeremías y hace un largo discurso sobre los pastores». Y así se podría ir adelante, dijo el Papa, «pero esto, creo, para hoy será suficiente para preguntarnos, cada uno de nosotros: ¿escandalizo como cristiano, como cristiana, como pastor? ¿Escandalizo? ¿Hiero la vulnerabilidad de mi pueblo? ¿En vez de atraer al pueblo, de hacerlo uno, de hacerlo feliz, de dar la paz, la consolación, lo expulso porque yo me siento un pastor “señor” o me siento un cristiano más importante que tú?».

No hay que olvidar la advertencia de Jesús a los discípulos: «¡Estad atentos a vosotros mismos!». Es así como, concluyó Francisco, «hoy puede ser un bonito día para hacer un examen de conciencia sobre esto: ¿escandalizo o no y cómo?». Y «así podemos responder al Señor y acercarnos un poco más a él».